

desprendimiento, de resignación; de fortaleza, de heroica resistencia á todo linaje de pasiones, todo ese conjunto que nos revela nuestra dignidad, y cuyo solo nombre nos conforta y agranda, todo esto desaparece desde que se nos niega la libertad, se nos declara que obedecemos á impulsos irresistibles, se nos incita á que dejemos de forcejar contra ellos, á que nos abandonemos sin reserva á esos instintos que nos llevan á gozar hoy sin pensar en el día de mañana, desde que se pretende hacernos creer que así viviremos conforme á las leyes de nuestra naturaleza, que así no romperemos la armonía de la creación, que así nos haremos agradables á Dios, rindiéndole el único culto que le es debido.

Para todos los hombres que sientan latir en su pecho un corazón noble, estas doctrinas dejan de ser peligrosas de puro ofensivas á la dignidad humana; porque el débil mortal, si bien sujeto á muchas miserias, no abdica con facilidad los nobles títulos de su origen; y en medio de su decaimiento, se asemeja á los hijos de ilustre prosapia, que en medio de su abatimiento se complacen en recordar lo distinguido de su cuna, y en hacer notar que conservan todavía el lenguaje y los modales que cumplen á su hidalgo nacimiento. No: la humanidad no vuelve la vista hácia ese porvenir con que le brinda M. Owen; si viera que se acerca, lejos de abalanzarse hácia él, lanzaría un grito de horror; como el infeliz que viviendo en la luz del día, se le infuma que va á ser sepultado en una cárcel tenebrosa.

Si tal es el sistema de Owen considerado bajo el aspecto de dignidad y de moralidad, no es mas lisonjero por lo tocante á los resultados económicos. Establece la vida comun cimentándola sobre la expansión de todas las pasiones, y cabalmente ese género de vida es insostenible sin la represión de ellas. En el cristianismo se ha visto realizada de una manera sublime; pero ¿cómo? hasándola sobre la abnegación, sobre el desprendimiento, sobre la mortificación de la carne, sobre la abdicación de la propia voluntad, ofreciéndose el individuo en holocausto, ya sea como víctima de penitencia en la soledad del retiro, ya consagrándose todo entero al socorro de los necesitados, al consuelo de los afligidos, al rescate de los cautivos, á la instrucción de la infancia, á la conversión de los pecadores, á la propagación de la fé del Crucificado entre los pueblos sentados en las tinieblas y sombras de la muerte.

Así se concibe la vida comun, así se concibe la posibilidad de que las pasiones, los intereses de los individuos, declarándose en abierta lucha, no engendren primero el desorden, y no produzcan luego el trastorno y el caos; así se concibe la vida comun, porque los intereses individuales desaparecen, las pasiones se amortiguan y se

comprimen, todo está regido por un pensamiento comun, todo está absorbido por un pensamiento comun, todo subordinado al santo fin que se propusiera el Fundador, todo gobernado por una voluntad, á la cual es un deber sagrado el obedecer.

Pero dejad en pié los intereses individuales, dejad las pasiones en todo su vigor y energía, abandonad ese conjunto de fuerzas á sus impulsos naturales, y vereis cómo se chocan vivamente, cómo se destruyen unas á otras, sin producir esa armonía con que se lisonjeaba el soñador reformista.

Ahogado el sentimiento individual, absorbido el hombre en la comunidad, quedaria el alma sin resorte, y por consiguiente vegetara en la inacción, á no tener en sí misma motivos superiores que le comunicaran movimiento. ¿Creeis, por ventura, que ese religioso á quien veis desprendido de todo interés propio, de toda voluntad propia, dejándose manejar por otro como un cadáver, creéis, por ventura, que no abraza en el íntimo de su corazón un fondo de vida, de energía, que hace llevaderos los trabajos, agradables las mas penosas tareas, fáciles las mas árduas empresas? En su semblante, en sus modales, en sus palabras, no descubris al individuo, no veis sino al miembro de la sociedad á que pertenece; pero penetrad en su alma, oídle cuando derrama en la expansión de la amistad ó en las efusiones del entusiasmo, el fuego santo que lleva escondido en su pecho; allí notareis que al desprendimiento de los bienes de la tierra, ha sucedido un inmenso deseo de los bienes celestiales, que al amor mundanal ha sucedido el amor divino, que á los placeres sensuales han sucedido los dulcísimos goces de amor á Dios, de amor á sus semejantes, de ofrecer su vida en holocausto para complacer al Señor y hacer la felicidad de los prójimos.

¿Dónde están esos móviles en la sociedad escogitada por Owen? Allí se pretende que desaparezca tambien el individuo, que desaparezca la familia, que todo se absorva en la comunidad; ¿pero cómo? por un refinamiento de egoismo, por un refinamiento del sentimiento individual, perdiendo todo temor de que pueda faltar lo necesario para la subsistencia, con la seguridad de que los trabajos de los demás socios, proveerán con abundancia á cuanto sea menester hasta para los placeres de la vida, sea cual fuere el grado de la intensidad con que él se dedique á la tarea que le corresponde.

¿Cuál sería la consecuencia natural de un estado semejante? La pereza, la indolencia mas cumplida, el abandono á los malos instintos, á todo linaje de pasiones, pudiendo asegurarse que en el breve tiempo que durar debiera una sociedad de esta clase, habria la mas repugnante injusticia en la distribución de los productos, pues que



los muchos perezosos y malos, se aprovecharian de los sudores de los pocos laboriosos y buenos.

El ensayo hecho por el mismo Owen en la América, debiera haberle enseñado estas verdades. Lo acontecido en New-Harmony, no es un caso escepcional, sino un ejemplo de lo que por necesidad se verificaria en todos tiempos y paises. M. Owen, empeñado en no reconocer los vicios radicales de su sistema, achaca el mal écsito de su tentativa, á los elementos de que se componia su colonia; mas no advierte que el mismo mal que se halló en ella, se encontraria en todas las otras en grado mas ó menos intenso; y que si bien suponiendo una reunion de hombres mas inteligentes y morigerados, los inconvenientes no serian por de pronto tan graves, el maligno gémen se desarrollaria á la sombra de la misma institucion, y lejos de mejorarse los individuos de que constaria la humanidad, se irian maleando cada dia mas, hasta parar á un estado que les imposibilitaria de continuar reunidos.

El quejarse de los hombres, de su mala indole, de su falta de instruccion y educacion, de sus perversas inclinaciones, de sus hábitos viciosos, es empeñarse en resolver el problema, sin contar con uno de sus datos mas esenciales; porque precisamente en todas las reformas en que se trata de plantear una nueva organizacion social, es menester contar con los hombres tales como son en sí, no como nosotros deseáramos que fuesen.

Aun cuando el sistema de Owen fuese muy racional y muy justo, bastaria que ecsigiese una preparacion imposible para que debiera ser mirado como una utopia irrealizable. Mas no está el mal en ecsigir una preparacion en los espíritus de todo punto imposible, sino en que para prepararlos se comienza echándolos á perder, destruyendo el sentimiento de la propia dignidad, negando la libertad, la responsabilidad, la conciencia, anonadando á todo el hombre moral, desenvolviendo todas las pasiones, inspirando amor á los gocees, persuadiendo de que nuestro mas alto destino es pasar aquí en la tierra una vida agradable y placentera; en una palabra, quitando todos los estímulos que pueden conducir al bien, quebrantando todos los frenos que pueden retraer del mal, y dejando al hombre abandonado al ímpetu de sus pasiones, sin norte, sin guia, como baje del desmantelado en medio de las tempestades del Océano.

Esta breve reseña analítica que acabamos de hacer de las doctrinas de Owen, es una confirmacion de lo que hemos sentado al principio, de que los hombres que contemplan la sociedad, prescindiendo de las luces de la religion cristiana, se estravian lastimosamente no solo en lo que toca al origen de nuestros males, sino tambien

en lo relativo á sus remedios; son pésimos filósofos cuando se proponen esplicar las causas del malestar del linage humano, y muy miserables hombres de gobierno cuando intentan destruir la organizacion ecsistente, y reemplazarla con otra nueva, que allá en sus sueños escogitaran.

Artículo quinto.

LA UTOPIA DE TOMAS MORO.

Entre los filósofos que se han distinguido en la Europa moderna por sus ideas reformadoras de la sociedad, figura un hombre ilustre en los anales de la Iglesia y en los fastos del humano linage; ya que ilustres son en todos tiempos y paises la sabiduría, la virtud y el heroísmo. Hablamos de Tomás Moro, de ese gran cauciller de Inglaterra, que selló con su sangre generosa su adhesion á la fé, y que se atrevió á resistir á la tiranía de Enrique VIII, anteponiendo los deberes de su conciencia á su fortuna, á los atractivos de su alta categoria y á su propia ecsistencia. Quien marcha impávido al cadalso por no hacer traicion á la causa de Dios; quien obedece primero á éste que á los hombres, ofreciendo su vida en un patíbulo, si al mismo tiempo ha hablado sobre la sociedad manifestando ideas nuevas, planes de reforma que afectarian profundamente los sistemas actuales, y mucho mas hubieran afectado los que regian en su tiempo, bien merece que nos ocupemos de lo que dijo y de lo que pensó, supuesto que á un hombre de esta clase debemos considerarle como profundamente instruido en la ciencia de la religion, é incapaz de ponerse en desacuerdo con las doctrinas de la Iglesia. Importa tanto mas el ecsaminar las ideas de Tomás Moro, cuanto que los enemigos de la verdad podrian aprovecharse de su nombre para dar á entender que condenando las doctrinas de algunos innovadores, condenamos tambien las de uno de los ornamentos mas brillantes de la Iglesia católica.



Creemos poder demostrar que las opiniones de Tomás Moro nada tienen de común con las de Saint Simon, Fourier ó Owen; y que si bien habria mucho que decir sobre algunos pasages de su obra, se conoce, no obstante, que aun cuando supone que prescinde de la religion cristiana, no perdía de vista la luz que de ella podia recibir en la resolucion de los intrincados problemas que se le iban ofreciendo.

La publicacion de la famosa *Utopia* de Tomás Moro á principios del siglo XVI, es un fenómeno que indica á las claras el movimiento de los espíritus en dicha época, y que demuestra cuán falsamente han afirmado los protestantes y los incrédulos, que sin la revolucion religiosa promovida por Lutero, el entendimiento humano hubiera permanecido en las tinieblas y en la esclavitud. En este notabilísimo escrito se echan de ver miras tan elevadas, sentimientos tan generosos, tal deseo de mejorar la suerte del humano linage, que es asombroso el que un hombre de aquellos tiempos viera con tanta claridad los altos problemas sociales y se arroja á emitir sus ideas con tanta libertad.

Ya desde entonces condenaba el ilustre canciller en sus escritos, así la vagancia como el exceso del trabajo á que están alternativamente sujetos los pobres de nuestro tiempo. Está á cargo de los magistrados sifograntos, decia, cuidar y reconocer que no haya vagamundos, sino que cada uno esté cuidadosamente ocupado en su ministerio. No comienzan su labor muy de mañana, ni trabajan continuamente hasta muy entrada la noche, ni se fatigan con incesante molestia como las bestias, porque es infelicidad mas que de esclavos la de los que perpetuamente han de estar trabajando, como sucede á los que viven fuera de Utopia.

Señalaba uno de los medios mas á propósito para aumentar la riqueza y tener la abundancia de todas las cosas para las necesidades y comodidades de la vida, el que no hubiese en la sociedad muchos brazos improductivos que consumiesen el fruto del trabajo de los laboriosos. Quejábase de que casi todas las mugeres y otras muchas clases permaneciesen en la ociosidad, y de que fuera tan reducido el número de los que se ocupaban en la produccion de las cosas necesarias, añadiendo, que si los que se emplean en artes inútiles, y los holgazanes que pasan sus dias en el ocio y en la flojedad, se ocuparan en obras de provecho, poco tiempo bastara para abundar de todas las cosas necesarias á la subsistencia y al regalo. "En otras repúblicas, decia, aunque sean prósperas y florecientes, y nadie tema morir de hambre, procuran, no obstante, mas sus comodidades particulares que la conveniencia pública."

¿Atreveráse alguno á comparar la equidad de otra gente con la igualdad de la república de Utopia? ¿Qué justicia es esa que un noble ó un plebeyo usurero, ó otro que ó no se emplea en nada, ó cuyos servicios son poco necesarios, se adquiera con la ociosidad el vivir con esplendor y regalo, y un esclavo, un hombre del campo, ó un oficial que trabajando de dia y de noche con tal fatiga que no pudiera tolerarla un bruto, gane escasamente el alimento que se proporcionan con menos incomodidad los animales, que ni andan tan cansados, ni los atormenta el temor de que pueda faltarles lo que necesitan? Al infeliz jornalero, lo escaso de su trabajo y el recuerdo de que ha de pasar la vejez en la pobreza, le aguijonea y aflige: el salario es tan tenue, que apenas le basta para el sustento, y así no le es posible ahorrar algun caudal que le ayude á pasar dias menos desgraciados, cuando la ancianidad haya quebrantado sus fuerzas. ¿Por ventura, no es ingrata é injusta aquella república que desperdicia grandes dádivas y caudales en los que se llaman nobles, en los artifices de cosas vanas, en los bufones, en los inventores de deleites superfluos, y en otros objetos por este tenor, no mirando con la debida benignidad y solicitud á los agricultores y artesanos, sin los cuales no puede conservarse la república? Desagradecida, abusa de los trabajos que pudieran serle de provecho, olvidando los afanes que á sus autores costarán; y sin acordarse de tamaño beneficio, cuando estos se hallan en necesidad, despues de haber pasado largos años con graves enfermedades, los recompensa dejándolos morir en estrema pobreza. Y ¿qué diremos de los ricos que se quedan con el salario de los pobres, no solamente con violencia y engaño, sino también con el pretexto de las leyes? Así, lo que antes parecia injusto, como era el no retribuir á los que habian hecho algun bien y servicio á la república, se escusa con el establecimiento de leyes nuevas, disfrazando con el nombre de justicia la ingratitud y la perversidad. Estas invenciones de los ricos, so color del bien público, se convierten en leyes; los hombres dañinos se reparten entre ellos, con insaciable codicia, las cosas que debian proveer á la subsistencia de todos.

“Revolved en vuestro ánimo lo que sucede en un año estéril, en que millares de personas mueren de hambre: llanamente me atreveré á afirmar, que si al fin de aquella carestía se manifestasen los graneros de los ricos, se hallaria tanto trigo, que repartido entre los infelices, ni uno solo hubiera perecido de necesidad. Fácilmente pudiera haberse proveído al sustento de todos, si el dinero inventado para nuestro bien, no hubiese servido á estorbar el remedio de



los males. No me cabe duda de que tambien los ricos sienten y entienden así estas cosas, y que no ignoran cuánto mejor fuera la condicion en que no se careciese de nada necesario, librándose de innumerables daños, que no el vivir ellos con riquezas tan abundantes, y muchas superfluas. Yo tengo por cierto que el respeto debido á la autoridad de Jesucristo, el cual con su sabiduría y bondad pudo aconsejar aquello que era mejor, hubiera sometido el mundo á estas leyes, si no se hubiera opuesto la soberbia que no estima en tanto los bienes propios como los ajenos deleitándose en affigir á los pobres? . . . . .  
"Esta quisiera ser tenida por diosa aun quando no hubiese miserables en el mundo á quienes pudiera mandar, y de quienes pudiera triunfar resplandeciendo con las desdichas ajenas y haciendo alarde de su poder y riquezas, con lo cual affige y aumenta la miseria y la necesidad?" . . . . .

Por lo tocante á la organizacion de su república, vamos á dar una idea á nuestros lectores, que sin duda se complacerán en las miras grandiosas y sentimientos apacibles de aquella alma tan hermosa y elevada. Mas no esperen encontrar aquí los proyectos inmorales de Saint Simon, Fourier ó Owen; muy al contrario, el insigne canceller, al paso que se proponia presentar el bosquejo de una nueva república en nada parecida á las existentes, respetaba, sin embargo, los eternos principios de la moral; y lejos de soltar la rienda á las pasiones, y de esparcir la semilla de todos los vicios como lo han hecho los innovadores de nuestros tiempos, solo trataba de hacer mas felices á los hombres, refrenando sus malas inclinaciones y llevándolos por el camino de la virtud.

En la isla de Utopia tiene cincuenta y quatro ciudades, todas iguales en idioma, leyes é instituciones, y construidas bajo un mismo plan. Las mas cercanas están á veinticuatro mil pasos; pero ninguna tan apartada de las otras que un peon no pudiese andar el camino en una sola jornada. La capital se llama Amauroto, está sentada en medio de la isla, y á ella concurren cada año tres ciudadanos espertos y ancianos de las ciudades subalternas.

Ninguna ciudad tiene de término mas de veinte mil pasos en contorno, escepto las que están mas desviadas, esigiéndolo así la situacion en que se encuentran con respecto á otras. Los labradores se consideran mas bien como usufructuarios que como señores de las tierras. Cada familia rústica consta á lo menos de cuarenta personas á quienes se les señala un padre y madre de familia, de adelantada edad y costumbres venerables; formándose con cada treinta cortijos una especie de distrito que tiene designado su gefe.

Los ciudadanos salen sucesivamente al campo para ocuparse de la labranza, y cada año vuelven á la ciudad veinte individuos de cada una de las familias agrícolas, despues de haber residido dos años en las alquerías. Mas no queda por esto ningun vacío, porque salen otros tantos de la ciudad para reemplazarlos. Así logran que nadie ignore el arte de labrar los campos, que todos se acostumbren á la fatiga de estos trabajos, dejando al propio tiempo en libertad de continuar dedicados á la agricultura á los que gusten de ella. Todos los instrumentos de labranza los suministra el magistrado de la ciudad, sin que le cuesten nada al que los recibe. Y es de notar, que en llegando el tiempo de la siega, los directores de la labranza avisan á los magistrados del número de brazos que se han menester, los que saliendo de la ciudad un dia sereno, dan cima á la faena en pocas horas, poniendo el grano á cubierto de todo contratiempo.

Todos los años eligen un magistrado para cada treinta familias: en su lengua antigua le llamaron Sifogranto, y en la moderna Filarco. Estos filarcos están sometidos de diez en diez á otro magistrado superior, que antiguamente apellidaban Tranívoro y ahora Protófilarco. Los sifograntos son en número de doscientos, y prestan juramento de que elegirán en votacion secreta por príncipe, á uno de cuatro que propusiere el pueblo, y al que ellos juzgaren mas conveniente. La dignidad de príncipe es vitalicia, á menos que no venga en sospecha de que quiere tiranizar el Estado. Los tranívoros consultan con el príncipe cada tres dias, á no ocurrir algun negocio que ócsia se junten con mas frecuencia, y no toman ninguna determinacion sin que la hayan discutido tres dias antes: á veces se tratan tambien los negocios en las juntas generales de toda la isla.

Es costumbre en el senado el no entablar discusion sobre un asunto el primer dia que se le propone; evitándose de esta manera el que cada cual se arroje á decir inconsideradamente lo primero que se le ocurre, y que despues se obstine en defender su dictamen; mas bien por vergüenza de abandonarlo, que por miras de utilidad pública.

No se permiten juegos de dados, y solo usan dos muy parecidos al ajedrez; el uno es una batalla en que los dos una parte despojan á los de la opuesta, y el otro tiene un objeto altamente moral, pues que es una especie de escuadron en que los vicios pelean contra las virtudes, y se opone cada vicio á la virtud correspondiente; trabándose entre los dos la lucha, y manifestándose en los medios que emplean lo que da en realidad el triunfo á la virtud sobre el vicio, y los ardidés con que aquella se defiende de los ataques de éste.



Las ciudades se componen de familias; los hijos y los nietos, viven bajo el gobierno y obediencia del mas anciano, á no ser que la mucha edad le haya enflaquecido la razon, que en tal caso, le sucede el inmediato. Si alguna familia está falta de individuos, se los prestan las otras. Cuando la poblacion se multiplica demasiado, envian el sobrante á otras ciudades donde escasee; y si toda la isla rebosa de gente, fundan colonias en las tierras inmediatas.

Cada ciudad se divide en cuatro cuarteles, y en medio de cada uno de estos hay una plaza donde se hallan todos los productos de la tierra y de las artes. Todo padre de familias se lleva lo que necesita para sí y los suyos, sin dar dinero ni otra recompensa. Las reses muertas las ponen en lugar donde se puedan lavar bien; y es notable que no permiten que ningun ciudadano se ocupe en degollar, desollar ni cortar, porque temen que con esta costumbre no se vuelvan crueles ó inhumanos, perdiéndose poco á poco el horror á estos actos que siempre encierran algo de atroz y repugnante. Así es que solo los esclavos están encargados de estas ocupaciones.

Los ciudadanos tienen mesa comun, y es curioso el sistema que se sigue en estos banquetes. Cada barrio tiene unas salas públicas donde moran los siógrantos, y á cada uno de estos se le señalan treinta familias, acomodándose quince de ellas á cada lado de la mesa. A horas señaladas los despenseros acuden á la plaza para proveerse de lo necesario, bien que es preciso que aguarden á que el despensero del hospital haya tomado lo que haya menester para las necesidades y regalo de los enfermos.

En cada ciudad hay cuatro hospitales públicos; están á las inmediaciones de ella, pero fuera de las murallas; son tan grandes, que al verlos cualquiera diria que el edificio es un pueblo. La buena disposicion de las salas, la abundante provision de todo lo necesario, la solicitud y caridad del servicio, la asistencia de médicos doctos, en una palabra, la reunion de cuantas circunstancias se pueden desear, hace que los enfermos quieran mas pasar á ellos que no continuar en su propia casa.

En llegando la hora de comer ó de cenar, las familias son llamadas á son de trompeta; y si algunos quieren llevarse alguna refaccion de la plaza á su casa, nadie se lo prohibe porque conceptúan que quien lo hace es porque lo necesita.

La asistencia á las comidas públicas no es obligatoria, pero nadie se escusa de acudir; porque consideran que es cosa indecente el comer aparte, y ademas, porque en las salas comunes que llaman tinelos, encuentran manjares tan abundantes y regalados, que difficilmente los podrian disfrutar en sus casas. Durante la comida se

lee un breve rato algun escrito moral; pero teniendo el cuidado de que no llegue á causar fastidio. Despues de la lectura, los ancianos suscitan conversaciones agradables, y procuran que hablen los mancebos, para que abriéndose estos mas francamente con la libertad de la mesa, se eche de ver cuáles son su indole y disposiciones. No se crea, sin embargo, que sea permitida la licencia, antes al contrario, están tomadas todas las precauciones para evitar los excesos. En la mesa principal, situada á la cabecera de la sala, está el siógranto con su muger; á su inmediacion dos de los mas ancianos, y van siguiendo mezclados los de diferentes edades, de suerte que los mozos no puedan decir ni hacer cosa que no lo vea alguno de edad proveccta; lográndose de esta manera que el respeto y autoridad de los mayores evite los excesos á que podrian entregarse los jóvenes, si no tuviesen testigos que pusieran coto á su fogosidad y desatemplanza.

Cuidan de tal manera que la sed del oro no corrompa los corazones, que han procurado hacer que cayera en desprecio este metal, así como la plata, con la estrañeza de fabricar de barro y vidrio las vajillas, y destinando los metales preciosos á los usos mas inmundos. De oro y de plata labran los grillos y cadenas para prision y castigo de los esclavos. Los zarcillos de las orejas, los anillos y cabestrillos de oro, son marcas de ignominia.

En cuanto á los diamantes, carbunclos y todo linage de perlas, solo los hacen servir para engalanar á los niños; pero en llegando éstos á mayor edad, se avergüenzan de esas preciosidades y las dojan como juguetes impropios. Así es que cuando los embajadores de Anemolio fueron allá recamados de oro, adornados de sortijas y cadenas de gran precio, los utopianos los miraban como esclavos, y los niños al verlos pasar tocaban á sus madres y les decian: "Madre, madre, ved ese simple que usa perlas y joyas como si fuera niño." Los embajadores llegaron al fin á conocer la estrañeza que causaban á los utopianos y dejaron su primitivo engreimiento. Maravillábanse los de Utopia, dice aquí Tomás Moro con notable dignidad, que hubiese algun hombre cuerdo á quien entretenga el deleite del vano resplandor de una piedrecilla, pudiendo mirar la hermosura y belleza de los astros, y sobre todo, del sol; de que hubiese hombre tan vano que se imaginase mas noble porque viste de paño mas delgado y costoso, cuando es cierto que la mas delgada lana tuvo su principio y se crió en la oveja: tambien se maravillaban que en todas partes se haga tanta estimacion de cosa tan inútil como de su naturaleza es el oro, y de que le aprecien hasta tal punto que el mismo hombre, á cuyo servicio está destinado el metal,



sea estimado en menos que él, de suerte que hay persona tan pesada como el plomo, y que no tiene mas sentido que un tronco, que á la necesidad reúne la maldad, y sin embargo, tiene por esclavos á otros sábios y honrados, solo porque á él le cupo en suerte el tener gran cantidad de escudos. . . . A mas de esto se maravillan y abominan de la locura de aquellos que á los que conocen ricos, aun cuando no les deban nada ni estén ligados con ellos por ninguna obligacion, solo por ser ricos los honran tanto que no falta sino que los veneren como á dioses; y esto conociéndolos tan escasos, miserables y avarientos, hasta saber con certeza que de tan grandes tesoros no les han de socorrer con un maravedí.”

**Artículo sexto.**

**LA UTOPIA DE TOMAS MORO.**

(Conclusión.)

No hace consistir Tomás Moro la felicidad del hombre en la satisfaccion de las pasiones, como lo han hecho los novadores irreligiosos; no prescinde de la inmortalidad del alma y de los premios y castigos que le están reservados en la otra vida; explicando los principios de la filosofia moral entre los utopianos, afirma que los fundamentos de ella son que el alma es inmortal, nacida por la bondad de Dios para ser feliz, y que á la virtud y al vicio les está reservado el premio ó el castigo. Combate con mucha solidez el principio que pretende afianzar la moral sin ningún freno, por lo que se espera ó teme despues de ésta vida, diciendo: “Seguir las dificultades y asperezas de la virtud, no solo huyendo de lo suave de la vida, sino voluntariamente abrazando y sufriendo pesares, cuando de ello no se espera ningún fruto, afirman los utopianos ser locura, porque si despues de acabada la vida no se consigue premio, ¿de qué sirve el haberla pasado miserablemente?”

Definen la virtud diciendo que consiste en vivir segun la ley natural, y que para solo esto fuimos criados por Dios, siguiendo el

verdadero camino, aquel que conforma sus apetitos á la razon. Finalmente, enseñan que esta misma razon inflama á los hombres en el amor y veneracion de Dios, á quien somos deudores del ser que tenemos, y de que séamos capaces de alcanzar la dicha.

Se ha inculcado al autor de la Utopia, por haber presentado á su isla imaginaria poseyendo esclavos, estrañándose algunos de que no desterrase este uso tan poco conforme con la suavidad de costumbres que se proponia retratar; mayormente cuando en su tiempo ya el cristianismo habia llevado las cosas á tal punto que en casi toda la Europa se habia efectuado la emancipacion, y se mejoraba señaladamente el sistema feudal. No obstante, si se lee con reflexion el capítulo donde el ilustre canciller trata de los esclavos, se verá, que así en cuanto al origen de ellos, como por lo tocante al modo de tratarlos, la esclavitud en la isla de Utopia es de tal clase, que apenas desdora el pais en que se halla establecida.

En primer lugar, dice que los utopianos no reducen á la esclavitud á los prisioneros de guerra, ni aun á aquellos que la comenaron. Ese estado degradante tampoco se transmite en Utopia de padres á hijos, y no compran á ninguno que esté en servidumbre en otras naciones. De esta suerte ciegan los tres manantiales de esclavitud, que son la guerra, el nacimiento y la venta. ¿A quiénes, pues, tienen por esclavos? á los que han sido condenados á ello por algun delito, sea que este castigo se les haya impuesto en la misma isla, sea que perteneciendo á otro pais, hayan sufrido en él la misma pena. Así, estos esclavos mas bien deben ser considerados como condenados á presidio; por lo cual los tienen en prisiones, tratándolos con dureza, ocupándolos continuamente en trabajar, para que de esta suerte expien sus crímenes. Hállase allí, dice, otra suerte de servidumbre, que es cuando algun extranjero pobre y de baja condicion, elige él mismo someterse á servir. A los de esta calidad, los tratan benignamente, y los tienen por poco menos que ciudadanos, escepto que les cargan algo mas de trabajo; pero si alguno quiere marcharse, lo que sucede raras veces, no le detienen contra su voluntad, ni lo despiden sin galardón.

Un lunar se encuentra en dicha obra relativa al suicidio, pues que refiere una costumbre de los utopianos, que de ningún modo se puede excusar. Despues de haber dicho que los enfermos son asistidos con gran caridad, y que no se deja sin emplear ningún medio que pueda contribuir al restablecimiento de la salud, dice, que si alguno padece enfermedad prolija, le entretienen conversando con él, y aligeran cuanto pueden sus padecimientos; mas, que si la enfermedad es incurable, y continuamente dolorosa, los sacerdotes y el



magistrado confortan al paciente, procurando persuadirle que, supuesto que ya se halla inepto para los oficios de la vida, molesto á los demas y pesado á sí mismo, no quiera alimentar la maligna enfermedad, y que antes bien no dude en morir, ó quitándose el propio la vida, ó dejándose matar. Claro es que esta doctrina es insostenible en buena moral; y si bien Tomás Moro solo la presenta como una costumbre de una república que no existe, creemos que hubiera hecho mejor en no ofrecer á los lectores semejante ficción, que puede infundir sospechas de si él creía tal vez que esta clase de suicidios eran permitidos. Si así opinó, padeció un error, sin duda involuntario; ya que al fin de su vida manifestó tanto heroísmo en defensa de la verdad, arrojando por no abandonarla, los horrores de un suplicio.

En cuanto al suicidio perpetrado sin el consentimiento de los sacerdotes y del magistrado, aun cuando mediare enfermedad, dice que los utopianos lo consideran como un crimen, pues no dan sepultura al cuerpo del culpable, y le arrojan á una laguna.

Las mugeres no disfrutan en Utopia la libertad que quieren concederles los reformadores irreligiosos. Hallase establecida en aquel país la monogamia, y si alguno antes del matrimonio comete algun acto deshonesto, queda perpetuamente privado de contraerle, y es castigado, además, con gravísimas penas. Por lo tocante al divorcio, dice que no puede tener lugar en Utopia sino por el adulterio ú otra molestia insufrible; bien que añade que para este efecto se necesita permiso del senado, y que este lo otorga con mucha dificultad, para que no se conciba fácilmente la esperanza de apartarse de su cónyuge. Aquí es menester advertir que se trata de un pueblo donde no ha llegado la luz del cristianismo, con lo cual se dispara la extrañeza que esta costumbre pudiera causar.

El adulterio es castigado con penas severas; y basta la provocación á la lujuria para hacerse reo del castigo; pareciéndoles, dice, que la voluntad determinada á pecar, aun cuando no llegue á efectuarlo, no debe quedar impune.

Es curioso ver á un escritor de principios del siglo XVI, cuando el espíritu militar se hallaba todavía en mucho auge, cuál pinta la guerra como cosa indigna de hombres, cuál se esfuerza en persuadir que es falsa la gloria que en ella se adquiere, diciendo que los utopianos, lejos de considerarla como verdadera gloria, la reputan por grande infamia. Es notable lo que refiere de los habitantes de Utopia, quienes no apelan á las armas, sino en caso de extrema necesidad; esto es, para defender sus tierras, ó vengar graves injurias, ó acudir al socorro de sus amigos; siendo particular el que emprendan la guerra mas airadamente que nunca, para conseguir satisfacción

de los agravios sufridos por los negociantes en países extraños. En pocas obras de aquel tiempo se encontrará, que uno de los principales motivos de hacer la guerra, sea el vengar ofensas que se hayan hecho á viageros particulares que recorrieran los países extranjeros para hacer su negocio.

La suavidad que se ha introducido en la guerra, en los últimos tiempos, la auguraba ya Tomás Moro. No saquean, dice, ni talan la tierra del enemigo, ni ponen fuego á los sembrados, antes procuran con el mayor cuidado posible que no se echen éstos á perder hollándolos los peones y los caballos, pues considera que tambien pueden servir para su provecho. No ofenden á nadie que vaya desarmado, si no es espía; amparan las ciudades que se les rinden, y no saquean las conquistadas, exceptuando las casas de aquellos que querían impedir la rendición, á cuyos dueños quitan la vida, reduciendo á los demas á esclavitud.

Supone que en Utopia hay varias religiones, adorando unos el sol, otros la luna, otros las estrellas errantes, otros á hombres insignes en virtud; pero la mayor parte y mas sábia, dice, no reverencia ninguna de estas cosas; antes juzga que hay una Divinidad oculta, eterna, inmensa, inefable, la cual con su poder, mas no con dimension corpórea, se estiende por todo el universo. A ese Dios le llaman Padre: de él reconocen que vienen todas las cosas; á él le miran como causa de todos los aumentos y mudanzas; á él le reconocen como fin de todo cuanto existe, y solo á él le rinden honores divinos. Los demas, bien que adoran cosas diversas, concuerdan tambien en que hay un sumo Dios criador de todas las cosas, y que todas las conserva con su providencia.

La tolerancia religiosa es una de las costumbres de Utopia; bien que no se permite á nadie el sostener que las almas mueren con los cuerpos, que no hay premios y castigos en la otra vida, y que el mundo es gobernado por el acaso. Los que á tal extremo de error llegaren, son tenidos por peores que los brutos; no se les cuenta en el número de los ciudadanos, creyendo que nada puede esperarse de ellos, y que antes bien es de suponer que las almas mueren con los cuerpos, que no hay premios y castigos en la otra vida, y que el mundo es gobernado por el acaso. Los que á tal extremo de error llegaren, son tenidos por peores que los brutos; no se les cuenta en el número de los ciudadanos, creyendo que nada puede esperarse de ellos, y que antes bien es de suponer que las almas mueren con los cuerpos, que no hay premios y castigos en la otra vida, y que el mundo es gobernado por el acaso. Este es el único castigo que les aplican: les prohiben además el disputar sobre esto, especialmente en presencia del vulgo; y exhortan á los sacerdotes á que conferencien con ellos, esperando que semejante locura deberá ser vencida por la razón.

Tienen en grande estima la felicidad de las almas en la otra vi-



da: no lloran á los muertos, y miran como agüero muy malo si alguno teme el dejar la vida, considerando que este temor pueda dimanar del mal estado de la conciencia, y porque ademas opinan, que no es agradable á Dios el que no corramos voluntariamente hácia él cuando se digna llamarnos. Si ven morir á alguno de esta manera se entristecen mucho, lo entierran sin pompa, y ruegan á Dios que perdone aquella flaqueza. Al que muere con alegría y buena esperanza, no le lloran: encomiendan su alma á Dios y le hacen las exequias con gozo. Levantan una gran columna donde esculpen las alabanzas del difunto, y en volviendo á sus casas relatan las virtudes que le adornaban, recomendando la muerte placentera con que acaba de espirar. Conceptúan que semejante conmemoracion estimula á los vivientes, y es un culto muy agradable á los difuntos, pues creen que estos se hallan presentes á dichas pláticas, pensando que no serian felices si no pudiesen ir donde les pluguiera, y que fueran ingratos si no desearan volver á ver á sus amigos con quienes se hallaban unidos en vida con reciproco amor. Opinan que en los muertos no se disminuye la caridad, sino que mas bien se aumenta; y así es que se figuran que andan entre los vivos, y con su auxilio acometen ardientemente todo linage de empresas. Esta presencia de los difuntos, los induce tambien á guardarse de cosas malas aun en secreto.

Por la breve reseña que acabo de presentar sobre la Utopia de Tomás Moro se echa de ver la distancia que va de sus doctrinas (aun cuando supone una república en que no se conoce la verdadera religion), á las monstruosidades de aquellos que no viendo en el hombre mas que cuerpo y pasiones, prescinden de todo principio religioso y moral, desprecian la tradicion de los siglos, y no atienden en la organizacion de la sociedad, sino á las inspiraciones de su orgullo. Es preciso desengañarse: esta diferencia existirá siempre entre el filósofo religioso y el impio: por mas que aquel se abandone á los sueños de su imaginacion, por mas que dé rienda suelta á la inventiva de su ingenio, siempre resultarán mucho mas razonables sus sistemas, siempre se echará de ver que el uno anda sin guia, á merced de sus caprichos, mientras el otro procede ilustrado por una antorcha sobrenatural que no le deja estraviar completamente, aun cuando á él le parezca que camina conducido tan solo por la luz de la razon.

Artículo sétimo.

Reflexionando sobre el origen, naturaleza y efectos de los sistemas escogitados por Saint-Simon, Fourier y Owen, se echa de ver la sinrazon con que algunos han atribuido á tamaños delirios alguna influencia saludable. Los tres asientan como principio fundamental de sus teorías la libertad de las pasiones, ó mejor diremos, su satisfaccion, condenando no solo las angustas doctrinas del Evangelio, sino tambien las de los mas distinguidos filósofos de la antigüedad. Aquel célebre dicho *sustine et abstine*, que tan profunda sabiduría encierra, es rechazado como insensato y nocivo por los modernos reformadores: el sufrimiento y la abstinencia es, segun ellos, una infraccion de las leyes de la naturaleza, es obrar contra los designios del Criador, es romper la armonia del universo, que debiera resultar de la ilimitada expansion de todos los sentimientos, de la completa satisfaccion de todas las pasiones. Luis Reybaut, en su obra titulada, *Estudios sobre los reformadores contemporáneos*, conviene en que esta libertad concedida á todo linage de inclinaciones, es altamente destructiva de toda moral y funesta al bienestar de la sociedad; pero entre tanto se permite decir que el cristianismo habia llevado demasiado lejos la lucha entre la razon y las pasiones, convirtiendo el desinterés en ascetismo y martirizando el cuerpo sin provecho del alma; bien que añade, que hallando esta escageracion su correctivo en nuestros mismos instintos, no esponia la humanidad á una decadencia. Esta observacion nos presenta la religion cristiana escagerando el principio de la resistencia de la parte superior á la inferior, y por consiguiente enseñando una doctrina falsa, porque la verdad escagerada deja de ser verdad. No podemos, pues, permitir que pase sin ser refutada semejante afirmacion, la cual no tiene otro fundamento que el poco conocimiento del carácter y tendencia de la moral evangélica.

Para la inteligencia de lo que vamos á explicar, conviene tener presente la diferencia entre los preceptos y los consejos; aquellos obligan á todo cristiano, estos no; la observancia de los primeros es necesaria para alcanzar la vida eterna; la de los segundos lo es únicamente para llegar á la perfeccion: si quieres entrar en la vida, dijo Jesucristo, observa los mandamientos; si quieres ser perfecto, ve-



te, vende todo lo que tienes y dalo á los pobres y sígueme. En los mandamientos, es decir, en la ley que obliga á los cristianos, está contenido el amor de Dios, el del prójimo, la prohibicion de tomar el nombre de Dios en vano, de robar, de matar, de infamar, de cometer adulterio. ¿Hay aquí, por ventura, preceptos atormentadores de los cuales se pueda con verdad decir que nos martirizan? Los mandamientos que por su parte ha añadido la Iglesia, como el asistir ciertos dias al santo sacrificio de la misa, el abstenerse en otros, de estos ó aquellos alimentos, el disponer las comidas de esta ó aquella manera, pero todo de suerte que no dañe á la salud ni perjudique notablemente nuestros intereses: estos preceptos, repetimos, tan suaves y llevaderos, ¿pueden, por ventura, calificarse de martirio? Es cierto que el cristiano debe mantenerse puro no solo en obras, sino tambien en palabras y pensamientos; es cierto que debe procurar ajustar su vida entera á la ley divina, sin desviarse de ella por consideraciones mundanas; pero ¿no es esto mismo lo que nos está prescribiendo hasta la razon natural? La filosofía puramente humana, ¿no nos enseña tambien que no hay buena moral en el acto que se opone á la ley de Dios, que es reprehensible lo que está en contradiccion con la ley eterna? Y hasta ahora nadie ha dicho que por este motivo la filosofía escagere: nadie ha pensado en tratarla de verdugo de nuestro cuerpo. Las molestias que por esta causa se ocasionan á éste, son muy ligeras; y si se comparan la salud y el bienestar que resultan de una conducta moral, con las enfermedades y otros males que dimanen del desenfreno de las pasiones, bien se puede afirmar, que aun bajo el aspecto puramente material y atendiendo únicamente á las ventajas corporales, sale muy gananciosa la virtud, y paga muy caros el vicio los goces de algunos momentos.

Demostrado ya que no hay tal martirio, tratándose de la observancia de solos los preceptos, véamos lo que sucede con los consejos. Es indudable que en ellos está contenida la represion de las inclinaciones mas fuertes y seductoras, la abstiniencia de los placeres mas vivos, el sufrimiento de padecimientos muy duros, la resignacion á las humillaciones mas repugnantes, y que bajo este concepto puede decirse que son un verdadero martirio del cuerpo y tambien del corazon. Pero no es verdad que este martirio sea sin provecho del alma: antes este provecho es uno de los principales objetos; pues que si el cuerpo es atormentado, no lo es por un odio ciego é irracional, sino para que no se levante contra el espíritu y no le arrastre por el camino de la maldad, como y tambien para ofrecer á Dios un sacrificio en expiacion de placeres culpables.

Léanse las vidas de los santos mas señalados por su penitente austeridad, y se verá que todos sus deseos se encaminaban á preservarse del pecado, á purificar mas y mas su espíritu y hacerle avanzar en el sendero de la perfeccion, y que para ello procuraban desasirse de todo lo terreno, olvidándolo todo, despreciándolo todo, no recordando otra cosa sino que tenian una alma que salvar y un Dios á quien amar y servir.

La penitencia tan lejos estaba de ser inútil á las almas, que ántes bien era un valladar contra las tentaciones del mundo, la astucia del demonio y las seducciones de la carne: con ella se sufocaban las pasiones que pegan el corazon á la tierra, se desenvolvian, elevaban y purificaban los sentimientos que levantan el espíritu á Dios, se avivaba la fé, se sostenia la esperanza, se inflamaba la caridad, y adquiria el espíritu aquella fuerza y energía que le hacian capaz de resistir todos los ímpetus de la carne, y de pasar sobre la tierra una vida de ángel.

Por mas que sea agradable á Dios este género de virtud en que se sacrifica enteramente el cuerpo al espíritu para ofrecer luego el alma á Dios limpia, sin mancha de ninguna clase, purificada de todas las afecciones terrenales; es claro que Jesucristo al establecer sobre la tierra su ley santísima y al dar á los hombres sus consejos sublimes, preveia que serian pocos los que lo dejasen todo sin reservarse nada, y le siguiesen á él por el camino de tan dura austeridad, entregándose á todas las privaciones que les habia recomendado como el mas alto grado de santidad á que podian llegar. Es claro que preveia la debilidad del mayor número de los hombres, y que por tanto sabia tambien que seria incomparablemente mayor el de los cristianos que se contentarian con observar los preceptos, que no el de los que seguirian los consejos: es claro que sabia que aun entre los mismos fervientes imitadores de la vida de dolor, de ignominia y abstraccion que pasó sobre la tierra, serian muy pocos los que pusieran en planta dichos consejos con la severidad, fortaleza y santo heroísmo de que algunos cristianos que veneramos sobre los altares nos han ofrecido ejemplo. Mas diremos: algunos de sus consejos fueron dados evidentemente con esta prevision, pues que es cierto que no queria Jesucristo que el mundo dejase de multiplicarse, y por lo mismo cuando aconsejaba la virginidad entendia que su consejo no habia de ser tomado por el mayor número de los fieles. Hasta la vida comun que hacian los discípulos al principio, dejó de ser posible como práctica universal, tan pronto como la Iglesia se estendió considerablemente. ¿Quién se atreveria en la actualidad á proponer que los fieles en todas las partes del mundo viviesen bajo



semejante regla? ¿Cabe, por ventura, imaginar, siendo tanta la extensión de la Iglesia, tan numerosos sus hijos, tan complicadas las necesidades de éstos, tan varias y discordes las relaciones que entre sí tienen, tan diferentes los climas, las leyes, los usos, y costumbres; cabe imaginar, repetimos, el que todós vendan cuanto tengan y lo lleven á los piés de un apóstol para hacer un fondo comun del cual se sustenten todos los hermanos?

Teniendo presentes estas consideraciones, se echa de ver con toda claridad, que el martirio del cuerpo por medio de la penitencia, esa abstraccion del espíritu que le levanta sobre todas las cosas mundanales, que no le deja darlas una mirada sino para despreciarlas y abandonarlas, aquel desprendimiento que no se reserva nada para sí y que todó lo espera de la limosna, ó mejor diremos, del cuidado de la Providencia; esas virtudes que admiramos en los Pablos, en los Antonios, en los Hilariones, en los Franciscos, en los Domingos, en los Cayetanos, en los Ignacios y otros santos eminentes, debieron ser como modelos rarísimos que conservasen en la tierra el fuego sagrado, que perpetuasen la imitacion de la vida de Jesucristo entre la tibieza de los cristianos, como allá en la antigüedad vemos que de vez en cuando enviaba el Señor sus profetas para recordar al pueblo de Israel el beneficio de haberle sacado de la tierra de Egipto y de la casa de esclavitud y anunciarle la venida de aquel que habia de ser la esperanza de las gentes. Jesucristo, al establecer su Iglesia sacrosanta, no olvidó, ni olvidar pudo en su infinita sabiduría, que eran hombres los que la habian de componer, sujetos á muchas miserias, con el entendimiento ofuscado, la voluntad torcida y el corazon inclinado al mal desde la adolescencia; no pudo olvidar que se necesitaba el poder de su gracia, no solo para hacerlos andar por el estrecho sendero de la perfeccion evangélica, sino tambien para encaminarlos por las vias de una moral pura, apartándolos de la corrupcion en que estaba sumido el universo antes de que viniese la plenitud de los tiempos, y hacer que se decidiesen á tomar sobre sus hombros un yugo suave y una carga ligera.

Luego el achacar á la religion cristiana el que escagera la virtud del desprendimiento, el suponer que haya de ser corregida por la fuerza de los instintos y de las pasiones, es no comprenderla, es prescindir de las miras del Divino Fundador de la Iglesia, es suponer que él se lisonjeó con esperanzas irrealizables, es decir que desconoció la humanidad y que se empeñó en sujetarla á condiciones incompatibles con su existencia; es, sobre todo, desconocer que esa misma alteza de perfeccion predicada por Jesucristo puede muy bien existir segun las circunstancias, sin ese martirio del cuerpo que nos

asombra en algunos santos penitentes, bastando para ello una circuncision de corazon con la cual se arrancan todas las afecciones mundanas y se le purifiquen en el crisol del amor de Dios; es desconocer que con esa alteza de perfeccion es conciliable el cuidado de los negocios humanos, si á ello es llamada la persona por razon de su estado, y que puede ser muy agradable á Dios una vida en que haya pocas horas disponibles para la oracion, en que no sea dable entregarse á grandes austeridades; es no recordar aquella máxima que está escrita en el sagrado testo y practicada por los santos, de que la caridad se hace toda para todos, para ganarlos á todos. La religion cristiana, pues, no necesita del correctivo de las pasiones; esto es trastornar monstruosamente las ideas; ella es quien debe corregirlas, y en la parte en que puede decirse que la embarazan y resisten, no hay falta de prevision en el Divino Fundador que todo lo hizo con número, peso y medida.

Los sistemas de los modernos reformadores estableciendo un principio diametralmente opuesto al de la moral de Jesucristo, han asentado por basa de sus teorías insensatas el que la felicidad del individuo y de la sociedad dependian del ilimitado desarrollo de todas las pasiones. Jesucristo enseñó que la mayor altura de perfeccion estaba en descairse de todo para seguirle por el camino del cielo, y los novadores afirman que el máximum del bien está en la satisfaccion de todas las pasiones, en pegarse á la tierra como un reptil inmundo, sin levantar jamas la cabeza para dar una mirada á las regiones de la inmortalidad. La tierra es un destierro, dijo Jesucristo: la tierra es nuestra patria, dicen ellos: la vida es un viage, dijo Jesucristo: la vida es nuestro término, dicen ellos: el goce material es dañoso al espíritu, dijo Jesucristo; el goce material santifica el espíritu, dicen ellos: aprended de mí que soy manso y humilde de corazon, dijo Jesucristo; dad rienda suelta á la ira y al orgullo, dicen ellos: santificaos haciendo penitencia, dijo Jesucristo; santificaos en el placer, dicen ellos.

Los hombres, teniendo á la vista esos modelos de sublime austeridad y heróico desprendimiento, oyendo sin cesar la predicacion de los preceptos mas puros, y consejos mas elevados, todavia se pierden lastimosamente por el camino del vicio y de la maldad, arrastrados por la violencia de las pasiones, ¡qué será, pues, si en lugar de proponerles semejantes ejemplos y de imbuirles en tales preceptos y consejos, se comienza por quitar el freno á todas las pasiones, por estimular la sed de los goces, por excitar mas y mas esa inquietud febril que lleva al hombre de placer en placer, aun á riesgo de perder su fortuna, su honor y su misma existencia?



Diez y ocho siglos han transcurrido desde la aparición del cristianismo: esta religion santa se ha encontrado en medio de pueblos de diferentes leyes, usos y costumbres, de diverso grado de civilización y cultura, desde la infancia hasta la decrepitud, y sin embargo ha sido suficiente para todas las necesidades, ha podido hacer adelantar á los atrasados, y detener al borde del precipicio á los que se hallaban en él, y esto sin abandonar sus dogmas, sin apartarse de su moral, sin renunciar las prácticas y ceremonias de su culto; ha sabido acomodarse á la variedad de circunstancias, sin que en ninguna de ellas haya dado pruebas de impotencia ó imprevision. ¿Por qué hemos de creer, pues, que no será capaz de hacer lo mismo ahora, cuando el progreso de las artes y de las ciencias ha modificado profundamente las sociedades modernas, creando necesidades que anteriormente no ecsistieran? Una religion que es toda luz, toda verdad, toda amor, ¿cómo sería incompatible con ningun adelantamiento y perfeccion del estado social? ¿puédese, por ventura, imaginar algo superior á su enseñanza, con respecto á Dios y al hombre? El origen y destino del humano linage, ¿puede escogitarse mas alto de lo que nos le presentan los dogmas del cristianismo? Tocante á la moral, ¿cabe encontrar nada mas puro, mas sencillo y sublime que el compendiar toda la ley y los profetas en el amor de Dios y del prójimo?



### ALGUNAS REFLESIONES

sobre la vida y la influencia

## DE LOS PÁRROCOS RURALES.

La vida del párroco rural, ofrece los mas singulares contrastes, segun el modo con que se la considere; vida que se presta á lo prosaico y á lo poético, á lo vulgar y á lo sublime, á lo ingrato y á lo bello; vida á propósito para embotar las facultades del alma, ó desenvolverlas de una manera singular; vida que conduce á pasar los dias en medio de la inaccion y del tedio, ó á emplearlos en asiduos y placenteros trabajos; vida que puede fomentar en el corazon el seco egoismo, ó inspirarle las virtudes mas puras y de mayor desprendimiento; vida, en una palabra, que puede hacer del sacerdote un personaje inútil para todo, excepto las funciones del sagrado ministerio, ó un ángel tutelar de sus feligreses, no solo en lo tocante á la salvacion de las almas, sino tambien en lo relativo á la paz doméstica y á la prosperidad de las familias.

Fácil es convencerse de la escatitud de las observaciones que preceden, si se para un momento la atención en la posicion singular en que el párroco rural se encuentra. Solo, sin mas sociedad que las personas de su servicio, pasa el dia entero sin mas bullicio que el canto del gallo, el gemido de la paloma, el arrullo de la tórtola, y los ladridos del perro. De vez en cuando, el tañido de la campana le anuncia el nacimiento del sol, la hora del medio dia, ó la retirada de la noche. Si dejando por algunos instantes su habitacion,